

Todo Arde

Relato

Reina Rosko



Todo arde

Reina Rosko

Relato

Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodítix
@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio

Primera edición

Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND



Todo Arde

Relato

Reina Rosko



I. Sobre la fragilidad del recuerdo.

*Who shall measure the heat and violence
of a poet's heart
when caught and tangled in a woman's
body?*

Virginia Woolf

La memoria es fragmentaria, en especial cuando recordamos el placer. Es por esta insuperable razón, lectores, que quedan advertidos sobre mi incapacidad de ser una narradora fiel. No tengo alternativa, ya que solo cuento con detalles, retazos. Los hechos acuden a mi mente sin un orden, sin espacio y tiempo. Me decanto por la espontaneidad de la memoria y trato de no sucumbir ante la necesidad de ser exhaustiva en el caos. Cada intento de editar los recuerdos me sume en una intensa melancolía.

Como dije, los hechos acuden a mi mente. Un día de verano, caluroso, Fabricio y Gabriel vestidos de uniforme escolar y desdén adolescente. La primera vez que los ví. Un corte a los primeros besos furiosos, calientes, ocultando de la mirada ajena lo que los tres creíamos que era algo cercano a lo ilícito. Un avance rápido a esas primeras cogidas a escondidas, en los ratos en los que nuestros padres hacían las cosas que hacen los adultos.

Pero la memoria es, además de frágil, tremendamente confusa. Por un lado, sé que cambio fragmentos enteros cuando recuerdo lo que pasó; por otro, me obsesionan los detalles. Esos momentos escurridizos que quedan grabados en un lugar inaccesible, primordial, en esa parte del cerebro que nos conecta con los primeros

organismos unicelulares, el comienzo de la vida, un estanque hirviente, humeante, en el principio de los tiempos. Allí, en el centro, los primeros seres, ya vivos, pero aún sin conciencia de ello, se deleitaban en pleno apareamiento celular, danzando orgásmicamente hacia la vida en un desborde sensorial. Pero, antes de la vida, estuvo el calor y la confusión. Un océano de magma ardiente, meteoritos golpeaban contra la superficie líquida. Todo estallaba alrededor. Todo se prendía fuego.

Perdí el hilo, lo cual no debería sorprender. Me pregunto qué recordarán ellos, cómo me relatarán y si el paso del tiempo habrá hecho sucumbir el recuerdo del deseo. Por ejemplo cuando rememoren aquella tarde de invierno, en una plaza extrañamente solitaria, en que nos encontramos a fumar porro y rescatarnos del aburrimiento. Las hamacas en las que nos sentamos crujen, hostigadas por nuestro movimiento furioso. Cierro los ojos e imagino que vuelo, mi cabello suelto como una capa que me cubre. Me río. No lo creo entonces, pero aún soy una niña. Minutos después, nos detenemos. Me piden que les muestre las tetas. Me muero de vergüenza pero, aunque soy una niña, no quiero que ellos lo sepan. Me abro la campera y me levanto a la vez el pulóver, la remera y el corpiño. Un flash de piel rosada pasa frente a sus ojos. "Más lento", dice uno de ellos. Miro alrededor y nadie viene. Me subo nuevamente la ropa y dejo que se deleiten con mis tetas grandes, tersas, tenuemente enrojecidas por el frío. Los pezones están duros y atentos a sus movimientos. Fabricio se acerca a mí sin levantarse de la

hamaca y me pellizca levemente un pezón. Me mira a los ojos cuando lo hace. Siempre con esa mirada desafiante que nunca logré descifrar. Luego, estira la otra mano y hace lo mismo con el otro pezón, aumentando la presión. Veo a Gabriel observar la escena, las mejillas enrojecidas, las pupilas dilatadas, sacándose un mechón de cabello de la cara. Fabricio se pone de pie y se acerca a mí. Se agacha y se mete un pezón dentro de la boca. Su saliva y su lengua son cálidas y siento un hormigueo en la concha. Mientras muerde la punta, con una mano acaricia la otra teta suavemente. Gabriel se acerca a nosotros sin que lo note. Me toma la mano y la lleva a su pene endurecido. Lo aprieto a través del jean. Luego, estiro el cuerpo y lo muerdo suavemente. Me toma del pelo con firmeza, pero con una sorprendente suavidad.

Otro recuerdo. Ahora estamos en la casa de Gaby. Me arrastro en cuatro patas por la cama y me pongo de rodillas junto al borde. Me toma la cara con ambas manos y se acerca a besarme. Me gusta como besa. Es suave y paciente. No cierra los ojos cuando lo hace y nuestras miradas se cruzan. Caemos sobre la cama sin dejar de besarnos. Su lengua roza el borde de mis labios, muy lentamente. Luego vuelve a introducirse en mi boca, saboreando cada hueco. Baja la mano hasta entre medio de mis piernas y desliza un dedo dentro. No hay resistencia. Todo es calor y humedad. Muevo las caderas hacia adelante, su dedo hundiéndose aún más dentro mío. Me observa gemir e introduce un segundo para que el placer se intensifique. Me agarra la cara para que lo mire. Pero no puedo

sostener su mirada. Mi atención se reduce a sus dedos acariciándome por dentro.

Fabricio se acerca, besa a Gabriel y con un movimiento delicado pero firme le indica que se corra. Me toma de las caderas y me arrastra al centro de la cama. Su cabeza baja a mi pecho y sus dientes se cierran sobre el pezón derecho. Subo las caderas y engancho mis piernas alrededor suyo. Quiero que me penetre, pero él se toma su tiempo jugueteando con mi cuerpo, su pene erecto acariciándome el clítoris con intensidad. De golpe, baja una mano para acomodarse entre mis piernas y se entierra completamente en mí. Dejo escapar un grito ahogado y me arqueo para agarrarlo del cuello y morder sus labios. Me penetra con un ritmo frenético. Lo escucho gemir y pienso que ha acabado, pero al levantar el rostro veo que Gabriel está cogiéndolo por detrás. Lo toma de los hombros con una firmeza que me sorprende.

Me estalla el cerebro. Siento dentro mío el magma burbujeante, hirviendo, atravesando la roca para encontrar liberación. Un flujo cálido recorriendo las cavernas del inframundo, destruyendo todo lo que encuentra en su camino. Un mar violento estallando contra las paredes de piedra, salpicando en su estremecimiento los bordes ennegrecidos. Los colores, naranja, amarillo, rojo, marrón, contra un fondo negro. El fuego se cuela hacia el agua, haciéndola arder. El vapor que se eleva hacia el cielo, estirándose, diseminándose, hasta desaparecer. El suelo ennegrecido, tajeado por el

rojo lacerante del magma que puja por salir. Todo arde, inevitablemente.

Finalmente, la calma.

II. La cuestión del árbol que cae en un bosque desierto.

*One does not become enlightened by
imagining figures of light,
but by making the darkness conscious*
C.G. Jung

Otras veces me siento habitada por un recuerdo. Como un susurro leve que me acaricia el cuello y me eriza los pelos de los brazos, de las piernas, entre medio de mis pechos. Quizás estoy haciendo la cosa más mundana, preparando un café con leche o colgando ropa en el tender y se me estremece la memoria. El placer es una sombra, me digo, es un pozo sin fondo en el que caigo sin poder detenerme. Yo fui goce, me repito, y me dejo llevar por la marejada que me arrastra fuera del océano de la insatisfacción. Nunca me dio miedo el placer. Lo que sí que me aterra es esta sensación de vacío, de que nada es presente, de que poco es importante o le da sentido a la vida. *Nothingness*. No hay palabra en castellano que resuma este sentimiento.

Si el placer es una sombra, ¿qué es el amor? Es un grito intempestivo que nace de un desgarró. Entonces, el amor es dolor, es un romperse en mil piezas que se esparcen en todas direcciones. Es vivir en la otredad, hecha añicos, tierra quemada que tardará años en recuperarse. Mi corazón fue un botín de guerra. Y

aun así, la violencia del goce es más tolerable que esta apatía que rumio sin chistar. Me aterra mi mente, lo que soy capaz de imaginar. Sin embargo, esto no es un sueño, es la reminiscencia interminable de un momento en que fui fuego. ¿Algún día acabaré la incertidumbre? ¿Algún día me contentaré con ser viento?

En algún momento, este recuerdo fue presente. Una mano que me agarra firmemente del brazo mientras trato de pasar entre la gente hacia el baño. En la oscuridad, me cuesta reconocer quién es, pero con determinación me atrae hacia él. Ese rostro que ahora es escarcha derretida, el sucio índice de algo que ya no existe. Él es una boca que se mueve, sus labios finos tratando de explicarme una certidumbre. *Oh L'amour* suena al palo y me doy cuenta de que no lo escucho, me pierdo en la melodía, los bajos retumbando en mi pecho. *You said I wasn't your kind, only here for the ride.* Estoy demasiado borracha. Mi cerebro está envuelto en una nube que no se dispersará pronto. Miro detrás de esa boca que habla, y veo que el otro también está allí, observándonos. *No emotional ties. You don't remember my name.*

No sé por qué me siento como una candidata a un puesto. Trato de enfocarme, me acomodo el pelo e intento responder a sus preguntas con una sonrisa. Quiero que me elijan, aún sin saber a qué me estoy postulando. Trato de que no se noten las suturas que guardan la mierda que tengo dentro, de ser canchera y accesible, como la cachorra en que las mujeres solemos

convertirnos. No sé qué me dice, pero extiende la mano y me acaricia el hombro desnudo. Su mano está caliente y no puedo dejar de pensar que me voy a hacer pis encima. Me empuja hacia atrás y choco contra el cuerpo de Gabriel, quien me besa el cuello. Fabricio se acerca por delante y me aprisiona entre medio de ambos. Sé lo que va a pasar y siento como me humedezco solo con la anticipación. Cierro los ojos y puedo ver los colores a través de mis párpados. *I lay down and die, I'm only to blame.* Abro con violencia los ojos porque me mareo. Fabricio me mira haciendo una mueca rara. Una sombra. Algo más. No puedo descifrar en qué está pensando, pero no hay amabilidad en su mirada, parece un animal que ha atrapado una presa. No puedo escapar, pienso. No quiero escapar, siento.

Gaby desliza una mano hacia delante y llega hasta mis pechos. Me pellizca un pezón a través de la tela. Me derrito contra su cuerpo, pequeñas gotas de transpiración bajan lentamente por mi espalda. Fabricio observa las manos de su amigo, estira la suya y hace lo mismo con el otro pezón. Todo mi cuerpo se estremece. Soy como un papel que se consume en las manos de un niño. Mi espalda se arquea levemente hasta que encuentra el pene erecto de Gaby, que continúa acariciándome. Fabricio se acerca aún más. Sus dientes se clavan en el punto sensible donde mi cuello se encuentra con mi hombro. No me puedo mover, ni pensar, ni respirar. Solo siento un calor sofocante y un dolor penetrante en mi vagina. Soy un animal atrapado entre dos colinas en pleno verano.

Siento los labios y los dientes de Fabricio en mi piel y las manos de Gaby jugando con ambos pechos. Fabricio se aprieta aún más contra mi cuerpo y entonces puedo sentir también su erección, aún más dura que la que siento detrás. Deja de morderme el cuello y pasa su lengua de abajo hacia arriba en el lugar exacto donde antes estaban sus dientes. Mete su lengua en mi boca sin pedir el más mínimo permiso, con esa determinación de los hombres en celo. No hay tiempo para la poesía, me reprendo. Soy un monigote de papel, ensamblado burdamente, pegado sin cuidado, pero unido a los lugares justos.

Con la misma brutal determinación con que atacó mi boca, ahora Fabricio se estira por el costado de mi cabeza y besa a Gaby, quien gime de una manera obscena. Hay un insecto mordiendo mi corazón, otro dentro de mi estómago y uno justo entre medio de mis piernas. Creo que voy a hacer pis, y el tratar de doblegar mi propia fisiología me excita aún más. Giro un poco la cabeza para observar ese beso que ocurre a centímetros de mi rostro. Fabricio lo besa con una brutalidad y una concentración descomunal, sosteniéndolo fuertemente por detrás de la cabeza. Nota mi mirada y, agarrando mi cabeza, me acerca a la boca de ambos. No sé qué lengua entra en mi boca porque cierro los ojos. Me anclo contra sus cuerpos para no caerme. Siento estar al borde de un precipicio. *You tore me apart. I hurt inside out.*

Al cabo de unos minutos puedo identificar la diferencia entre ambos

besos. Gaby es suave y sabe a chicle de menta y porro. Su lengua se desliza por toda mi boca, saboreando. Fabricio es implacable, como una ametralladora en plena batalla. Tiene gusto a nicotina y fernet barato. Una mano baja por mi espalda acariciándola, la palma húmeda barriendo todo en su descenso hasta encontrar el fin de una pollera entrometida que dificulta, pero no impide, llegar hasta mi bombacha. Dedos como los de un pianista ejecutan una pieza para el solo deleite de mi cuerpo. Siento un dedo largo penetrarme, luego otro, centímetro a centímetro, hasta que encuentran un límite. Pierdo noción del tiempo. Me dejo caer en ese pozo oscuro donde anidan todas aquellas ideas que no queremos siquiera confesarnos. Qué difícil es ser leales a nuestros anhelos, que estúpidamente intrincada es el alma humana. Una mano abre suave pero con decisión mi escote para que otra boca lama lentamente mi pezón. Los dientes se cierran sobre mis tetas endurecidas. Gimo, pero nadie me escucha. Murmuro "por favor". "¿Por favor, qué?", es la única respuesta. Fabricio desliza lentamente su mano por mi cabello y agarra de la base, fuertemente.

Siento que nos corremos de donde estamos, casi sin separarnos. Nuestras lenguas aún entrelazadas y aún atacándose, nuestros brazos y piernas buscando el contacto. Nos escondemos en un resquicio en la pared, alejados de los ojos curiosos. Mi cuerpo es como una llama en medianoche que vuelve roja la luna. No quiero ser poética. No cuando todo es carne. No con este ardor, oscuro como todo lo que vale la pena.

Me arrodillo en el piso sucio y frío. En el hueco en donde nos escondemos todo es oscuridad. Un pene severamente duro se desliza por mi boca hasta encontrar el fondo de mi garganta. Esta sensación, a la que me acostumbraré en el futuro, me produce ahora una mezcla de desagrado y fascinación. Una mano levanta completamente mi pollera, me mete la mano entre las piernas y comienza a jugar con mi concha. Siento una mezcla de dolor y placer que me hace gemir nuevamente. En mi boca, un pene se endurece aún más, acercándose a la eyaculación. Trato de acomodarme, pero en ese momento siento el inconfundible sabor a semen en mi boca. Ese orgasmo silencioso me indica que es Gabriel. La única evidencia de que acabó es el líquido que baja por mi garganta y el aumento de la presión de su mano en mi cabello. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y puedo ver a Fabricio, ahora de pie junto a nosotros, observándonos. El placer de esa mirada es tan intenso que tengo ganas de gritar. Pero el lugar donde habita ese grito está tan dentro mío que no se puede escuchar. Capas y capas de carne retienen dentro ese gemido.

Fabricio me ayuda a ponerme de pie, me empuja contra la pared y me muerde el cuello. Abre levemente mis piernas antes de penetrarme muy suavemente, despacio, con delicadeza. Pasa la mano hacia adelante y comienza a hacer círculos con los dedos sobre mi clítoris. Giro la cabeza y veo que se están mirando. Me enoja que no me miren a mí, pero aún no soy lo suficientemente fuerte para decir lo que pienso. Soy solo un grito atrapado dentro.

Siento que la respiración de Fabricio se vuelve más agitada y aumenta el ritmo y la profundidad de la penetración. La intensidad del placer es tan violenta que no puedo soportarlo más, necesito acabar. Estiro la mano hacia atrás y lo tomo del pelo, acercándolo aún más hacia mí. Un orgasmo intenso me atraviesa entera y finalmente, el grito brota, brutal y primitivo.

Oh L'Amour. Broke my heart. Now I'm aching for you. Los sonidos desaparecen. Solo queda mi respiración, mi corazón y el silencio.

III. Porque la guerra es un arte que se aprende.

Know thy self, know thy enemy. A thousand battles, a thousand victories.

Sun Tzu

Una vez que hubo silencio, pude escuchar mi voz. Atrapadas entre las paredes que formaban mi cuerpo estaban encerradas dos palabras que pujaban por salir. Yo deseo. Aún no sabía cómo manifestar lo que quería, pero ya tenía la elusiva intuición de que ceder era perder. Conocer el propio placer lleva tiempo. El proceso es por momentos doloroso y, por otros, electrificante. Especialmente para una mujer. Siempre tironeada por el ansia y el mandato. Me costaba entender qué era lo que yo quería y qué era lo me habían enseñado que debía querer. El porno. Las amigas. Mi mamá. Los hombres solo quieren sexo, nena; las mujeres, amor. La cosmopolitan: 10 consejos para que un hombre no te deje, para que te mire, te ame. Ser sumisa, no pedir, no quejarse, siempre cachorra. Nos

crían en la vulnerabilidad. Los hombres son leales a sí mismos, nosotras vivimos en la enajenación.

Cuando me di cuenta de que el miedo a perderlos me alejaba de mí misma fue cuando realmente me encontré. Un día les dije que no quería saber más nada con ellos, harta de su indiferencia. Uno se encogió de hombros. El otro me dijo: “vos sos libre de hacer lo que quieras”. ¿Yo soy libre? Volví las diez cuadras que me separaban de la plaza donde nos habíamos juntado meditando esta sentencia. Sentía ira. ¿Por qué nunca nadie me había dicho que era libre? Lloré toda la noche abrazada a mi peluche rosa.

Durante semanas jugamos un juego. Como si nos uniera una soga imaginaria, ellos tiraban y me acercaban. Apoyaba firme mis pies y resistía; luego, tiraba yo y ellos se arrimaban. Gaby me habló a solas una tarde en el primer recreo. Me sonrió con esa sonrisa suya, tan encantadora, y me dijo que coger no era lo mismo sin mí. Me moría de ganas de besarlo. Pero con un frío y fingido autocontrol, le dije que no, que gracias, pero no. Una, dos, tres veces intentó sin éxito. Creo que le sorprendió mi negativa, hasta que finalmente entendió las reglas, la dinámica del poder.

Era tal la tensión sexual, que volvía corriendo a mi casa a masturbarme. Me imaginaba de rodillas, en el baño de la escuela, el pantalón de uno de ellos bajo, chupándole la pija hasta que estuviera satisfecho. Luego pasaba al otro. Mis manos cambiaban de ritmo, acariciando alternativamente la base y la punta, mi pelo largo cayendo

como una catarata, ocultando mi rostro, hasta que acababa en un grito ahogado para no llamar la atención del resto. La excitación me hacía perder el sentido.

Al cabo de unas semanas, el juego transmutó en guerra. Declarada, sucia, inmoderada. En cualquier relación, las partes implicadas se disputan el poder. *Ganar es aprender a mover anímicamente a la otra parte aprovechando sus vulnerabilidades para hacerse con el control.* Necesitaba manejar la dinámica. Fue entonces que entendí que el sexo se valía de tácticas y estrategias. Nadie iba a una batalla desarmada. Ellos también lo comprendieron y comenzamos a llevar a cabo una serie de ataques y contraataques que duraron semanas. Comencé a pintarme la boca de un rojo intenso. Ellos se sentaban muy juntos y jugueteaban con sus manos, fingiendo que no me veían. Pasaba junto a ellos y tiraba un objeto descuidadamente al suelo. Luego, me agachaba para recogerlo, deleitándome en ser observada, sin cuidado de que la pollera revelara la pequeña tanga que me había puesto especialmente para la ocasión. Nos perfumábamos, nos producíamos, nos seducíamos. Era un trastorno de los sentidos. Nos intoxicaba el poder.

Fue Fabricio, el más poderoso de los dos, quien se acercó y me preguntó finalmente qué quería. Creí estúpidamente que estábamos negociando los términos de su rendición. Le explicité mis demandas. Firmamos el acuerdo con un beso que me dejó la boca ardiendo. Seguimos gestionando el pacto todo el camino hasta su casa, parando en cada esquina para acordar detalles.

Una vez allí, ambos lanzaron su ofensiva, que yo repelí rápidamente. Estábamos en su cama. Empezamos una pelea fingida en la que terminé sentada sobre Gaby, mis finas piernas abiertas, pretendiendo querer salir de encima de él, mientras Fabricio me retenía por detrás, haciéndome cosquillas. Me caí sobre el cuerpo de Gaby, y Fabricio sobre mí. Podía sentir su erección en mi espalda. Ambos pretendían hacerme cosquillas y, mientras, me manoseaban. Fabricio me mordió suavemente la oreja, pero yo me solté, dando por terminado el combate. Necesitaba conservar el equilibrio. *Primer movimiento: en la confusión de los hechos, no hay que perder la presencia de ánimo.*

Me senté en un pequeño sillón que había junto a la cama y los observé recostados uno junto al otro. Gaby tenía la pierna sobre Fabricio y respiraba agitadamente. Bajé una de mis manos, desprendí los botones del pantalón y la metí dentro de mi bombacha. Estaba tan húmeda que mi dedo mayor entró sin resistencia. Ninguno de los dos me miró, pero pude sentir su atención fijarse en mí. *Segunda maniobra: generar una sensación de urgencia.* Si quería dominar, tenía que mantener mi posición. Comencé a acariciarme el clítoris suavemente con la otra mano.

Fabricio se incorporó y me observó. Comenzaba el contraataque. *Hay que ser consciente del momento en que se hace imperativo atraer al enemigo al campo de batalla.* Se puso de pie, se bajó los pantalones y sacó su pene. Gaby se incorporó y se acercó lentamente hacia él en cuatro patas. Luego se sentó en el borde de la

cama e introdujo el pene de Fabricio en su boca. Yo seguí acariciándome con movimientos circulares, más extasiada por lo que estaba presenciando que con mi propia masturbación. Gaby se retiró unos centímetros, su lengua jugueteó con la punta y observó a su propietario quien no le devolvió la mirada, envuelto en un raptó de placer. Yo aceleré el ritmo de mis dedos. El movimiento de su lengua, de la base a la punta del pene de Fabricio, hizo que me caliente tanto que sentí que iba a acabar. Retiré los dedos para retrasar el clímax.

Fabricio tomó la cabeza a Gaby y le penetró la boca violentamente. Acabó con un gemido gutural, un grito de guerra. Cuando se acalló, retiró su pene de la boca de su amigo y se giró para observarme, calculando cada movimiento. Sus pupilas dilatadas le ennegrecían los ojos. Gaby se limpió la boca con el dorso de la mano y se estiró para besar a Fabricio, quien no le devolvió el beso. Si no estuviera tan caliente, esa escena me habría entristecido. No entendía cómo alguien podía ser tan insensible. La excitación y el enojo me impedían pensar con claridad, pero entendí que eso era ahora una cruzada.

Gaby cayó sobre la cama y empezó a tocarse. Fabricio se interpuso entre nosotros, bloqueándome el placer de ver la mano de Gaby recorrer su pene de arriba a abajo, y me observó desafiante. Aún en su satisfacción, Fabricio seguía batallando. *Evitar las trampas del pensamiento grupal: mando y control. Al liderar un equipo, hay que darle autonomía a los subordinados pero sin perder la autoridad.* No quería ser dominada, pero no podía evitar

sentir placer ante esa mirada severa. Introduje un dedo en mi vagina, mientras seguía acariciándome con rapidez. Podía intuir los movimientos de Gaby por el vehemente balancearse de la cama.

Sentí el orgasmo acercarse y supe, sin duda alguna, que perdería esa batalla. *Algunas conviene perderlas, si son menores, y sirven para conocer al enemigo.* Sentí una desconexión y ya solo pude concentrarme en el placer. Fue como una ola que arrancó en mi mente, siguió en mi vagina y se irradió por todo mi cuerpo, tan intensa que casi rompí en llanto. Unos segundos después, escuché a Gaby gemir. Nunca lo había oído emitir un sonido durante el sexo. Sentí un orgullo estúpido y me declaré parcialmente ganadora. Me reí estúpidamente. "Felicitaciones", me dijo Fabricio, que había leído la situación a la perfección. "Felicitaciones a vos también", murmuré. Gaby se incorporó y nos observó con una mezcla de confusión y tristeza. La incredulidad de los peones ante los juegos de poder de los reyes.

En toda guerra siempre hay un perdedor.

IV. El dolor de la inmanencia.

*Some time there will be a tomorrow
without an island.
So far, I haven't let that happen, but
after
I'm gone, others may become faithless
and careless.
Before them will tumble the wide
unbroken sea,
and without any hope they will stare at
the horizon.*

William Stafford

Todos somos perdedores, de alguna manera u otra. Yo, por ejemplo, siento que pierdo constantemente la batalla contra la inmanencia. Hay algunos momentos pasajeros en los cuales no soy consciente de la extensión de mi cuerpo, dónde empieza mi piel, y dónde la de ellos. Somos, entonces, un solo cuerpo, un solo movimiento. El calor derrite los límites y entonces prima la unicidad. Pero solo siento esa conexión en esos breves momentos de placer extremo. Luego, cuando ya saciados nos tendemos en la cama, cada uno vuelve a sentir la inmanencia, a experimentar esa terrible soledad de las islas, flotando en un océano inmenso, sin posibilidad de contacto. Me produce un tremendo desamparo y deseo recuperar esa unión. Pero sé que es imposible. Solo son resquicios de cierta iluminación profana.

Son las siete de la tarde. Giro la cabeza y veo por la ventana el brillo anaranjado del sol que se esconde detrás de los edificios. Es miércoles. Lo sé porque es el día que la mamá de Fabricio va a su clase de italiano y entonces no tenemos que apurarnos. Podemos tomarnos un tiempo antes de volver a coger. Ellos están extendidos en la cama, muy juntos pero sin tocarse. Yo estoy acostada hacia el otro lado, con la panza hacia abajo, mi cabeza casi rozando las pantorrillas de Fabricio. Es demasiado alto y sus pies se apoyan sobre la baranda de metal de su cama. Mueve sus dedos lentamente. Hay demasiado silencio. Solo puedo escuchar su tenue respiración. El movimiento de sus pies es lo único que me indica que está despierto.

Quisiera que me tocaran. Me perturba esta distancia y este desapego. Los seres humanos somos unas criaturas tremendamente interiores. No cuesta terriblemente conectar con los otros. Creo que si no estuviera Fabricio, Gaby probablemente me abrazaría. Pero la presencia imponente de su amigo entre nosotros nos separa irremediabilmente. De repente, como si hubiera escuchado mis pensamientos, Gaby se gira y me acaricia una pierna. El contacto es sumamente excitante y se me escapa un suave gemido. Confunden ese sonido con una intención de volver a coger, pero no es así. Es ese suave tacto en mi piel lo que quisiera prolongar.

Fabricio se incorpora y se acuesta junto a mí. Me observa unos segundos y luego baja su boca para morderme el labio inferior. Gaby también se acerca, lentamente, hasta que su rostro queda a solo unos centímetros de mi concha. No puedo verlo porque Fabricio se interpone entre nosotros, pero puedo sentir su respiración cálida. Baja la boca y comienza a lamerme el clítoris suavemente, luego más fuerte. Se escupe la mano e introduce un dedo profundamente. Fabricio se monta sobre mí, toma ambos pechos con las manos y los acaricia con brusquedad. Su pene endurecido brilla en la sombría luz del atardecer. Se acerca más y lo introduce en el hueco entre mis pechos. Yo hago presión desde los costados para que sienta más fricción. Me encanta sentir la piel de ambos contra mi cuerpo. Gabriel sigue lamiéndome de arriba a abajo, deteniéndose por momentos para introducir la lengua en mi vagina con una destreza sorprendente.

Siempre dominando la situación, Fabricio me besa, la punta de su lengua jugueteando con la mía. Luego, gira la cabeza y sin hablar, con un leve movimiento de la mano, le indica a Gaby que se detenga. El otro levanta la vista y lo observa con sorpresa. Entonces sé que eso que había fantaseado se hará realidad. Me asusta y me excita en igual medida. La conexión total. Ser finalmente un solo cuerpo. Encontrar la trascendencia. El raptó de lo carnal suele abrir una compuerta hacia lo más místico e interno que hay en mí. Pienso en cómo hacer para que la unión con estas dos personas de alguna manera tenga resonancia más allá del plano puramente físico. Es inútil, lo sé. Son solo desvaríos de mi conciencia. Siempre fui demasiado sensible para este mundo. Una jaula, en búsqueda de un pájaro. Pero no aquí, no con ellos.

Mientras Gabriel se pone de pie y va a buscar forros en su mochila, no puedo dejar de pensar en si esta experiencia me permitirá finalmente sentir el éxtasis de estar viva. Creo que espero demasiado de los demás, que el tipo de conexión que ansío no ocurrirá nunca porque no podemos unir nuestras almas, porque hay una hendidura que nos separa y que no es posible zanjar. Y, sin embargo, me dejo maniobrar, movida por una inquebrantable esperanza.

Gaby se recuesta sobre la cama y me hace un gesto de que me acerque. Trepo sobre su cuerpo y lo dejo ayudarme a introducir su pene. Estoy tan húmeda que entra sin resistencia. Empiezo a moverme de arriba a abajo, meneando las caderas para que mi clítoris se frote contra su

pelvis. Gabriel me toma firmemente de la espalda, acompañando el movimiento. Fabricio se acerca por detrás, me empuja levemente hacia adelante, y comienza a jugar con un dedo en la entrada de mi culo. Lo introduce reiteradamente, con esa firme delicadeza que lo caracteriza, hasta que parece satisfecho con la maniobra. Luego me levanta un poco las caderas hacia arriba. Se acerca y me penetra lenta y suavemente. Nunca el dolor se confunde tanto con el placer como en ese momento. Unos minutos después, nuestros tres cuerpos logran moverse al unísono, como si fuera un ballet que ya habíamos ensayado previamente. ¿Será que finalmente he encontrado lo que busco, una verdadera comunión?

No tengo tiempo de seguir pensando porque acabo de manera abrupta, gritando desesperadamente. Estoy agotada, pero sigo moviéndome sobre el pene de Gaby, mientras la penetración de Fabricio se hace cada vez más intensa. Entonces escucho un gemido, casi un aullido, detrás mío, al mismo tiempo que el rostro de Gaby se contrae de placer. Me acuesto sobre su pecho, al tiempo que Fabricio cae sobre mí y nos fundimos los tres en un abrazo. Así nos quedamos, dejando que nuestra respiración se calme. Quisiera que esta sensación, esta fusión, dure para siempre. Pero no puedo retener el sentimiento y mientras comenzamos a separarnos, sé que la magia se ha terminado. Hemos vuelto a nuestra separación insular.

En definitiva, no hay forma de unir lo que nació separado.



Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia en el Taller
de Ediciones Frenéticxs Danzantes